

CARLOS AQUILINO O EL OFICIO DE UN PINTOR INAGOTABLE

por Ramón de Marcos Sanz, julio de 2022

Conocí a Carlos y a su pareja Blanca hace ya más de cuarenta y cinco años, casualmente, fuimos presentados por Daryl Kahn, fotógrafa americana con la que entablé amistad tras una exposición que ella hizo en el Centro de Cultural de Estados Unidos cuando él era un joven pintor, y yo colaboraba como crítico de arte en la Guía del Ocio.

Daryl nos invitó a comer a ambos en su casa y como almuerzo nos presentó una especie de yogurt con pepino incomedible así que, tras un rato de charla con ella, Carlos, Blanca y yo nos miramos y decidimos escaparnos para nutrirnos con algo decente.

Carlos había regresado de su estancia como becario en la Academia Española de Roma, y me impresionaron los óleos de gran formato que había realizado por su originalidad, fresca y colorida. Tiempo de veladuras.

A partir de aquel momento mantenemos una amistad que pervive con fuerza, lo que me ha permitido seguir la trayectoria profesional de este gran pintor madrileño, español greco latino, centro europeo, norteamericano y global, pues su trayectoria profesional le ha llevado a hollar varios de los mundos culturales que engloba la vieja Gaia.

Cuando pienso en Carlos y en lo que ha sido su itinerario de vida, no puedo imaginarlo sino como un creador, con un gran oficio, que se ha dedicado devotamente a la religión de la pintura, y en ciertos aspectos lo comparo a la trayectoria de Picasso, otro gran practicante de esta religión, y del que creo ha tomado la fortaleza y la fe, la teología de la creatividad y la pasión por el ejercicio de esta creencia. Pero a diferencia de aquel, Carlos, pintor, a caballo entre dos siglos, encarna, al mismo tiempo, la consistencia del XX y la transparencia y fluidez del mundo líquido de Bauman, típica del siglo XXI.

Si veo a Carlos lo encuentro siempre trabajando, como su maestro de referencia, y en ese obrar inagotable le encuentran las musas, lo mismo dibuja, que hace escultura, que embadurna de óleo la superficie blanca que cada día le reta y le obliga a sacar lo mejor de sí mismo y a comunicar los sueños, paisajes, paisanajes y figuras que circulan por su enorme imaginación.

El hecho de haber nacido en Madrid y haberse criado en San Sebastián le ha tizado la mirada del azul cielo de la ciudad del Guadarrama y del colorido de los azules húmedos del Iguelo, que abarcan, en función de la hora del día, desde la claridad acuosa hasta el azul marino y esta paleta de azules se ha convertido, sin que él sea consciente de ello, en su firma cromática fácilmente reconocible en este artista, ya domado por el destino.

A veces, desde la lejanía que físicamente nos distancia, él habita en Madrid y yo en Budapest, siento nostalgia de la juventud que fuimos cuando compartíamos carencias y mantel de papel en una taberna apuntalada en la calle San Pedro, donde el jornal nos daba para comer huevos fritos con patatas y poco más.

Esta sobriedad, austeridad casi cartuja, es otro de los rasgos que caracterizan a este pintor madrileño, pues no resulta fácil vivir de este oficio, y siempre se prioriza los

materiales y tubos a utilizar como gasto, antes que los gastos para el bienestar de uno mismo.

Su fidelidad inquebrantable al amor por Blanca (detrás de cada genio hay siempre una mujer inteligente), profesional de la física y experta en meteorología para pilotos, sus libros son de obligada lectura para los mismos, le ha facilitado el disponer de al menos una red de protección particular derivada del amar, que económicamente le ha salvado, más de una vez, de estrellarse en el suelo en las caídas que todo pintor, dedicado en cuerpo y alma a su pintura, puede sufrir en un momento dado, y le ha proporcionado una excepcional gestora que guarda, como oro en paño, el secreto de la proyección internacional de que goza su obra.

Carlos es un hombre inquieto e interesado por lo que pasa en el mundo y esta inquietud y curiosidad inmensa que posee le ha llevado a vivir en Roma, en París, en los Cárpatos de Rumanía, en los lagos de Budapest, en el desierto de Nuevo Méjico o en la megalópolis Neoyorquina, por citar algunos lugares de su largo periplo. Y esta interacción con medios culturales y lingüísticos tan diversos, constituye una necesidad vital para un autodidacta clásico y moderno, como es él, y gracias a ella ha generado, en su visión del mundo, una perspectiva de panóptico, estética y ética precursora de la actual globalización que ya irremediablemente nos alcanza y en la que estamos, querámoslo o no, inmersos.

Como profeta de las artes su pintura, adelantada a los tiempos, ha reflejado, hace años la importancia que iban a tener el tema de los refugiados, o la naturaleza en riesgo, reconocido el pasado año con el premio Nature/Nurture en Nueva York, en un mundo, demográficamente desbordado y globalizado.

De Nietzsche adopta su filosofía de vida cuando este afirma que, *“tenemos el arte para no perecer a manos de la verdad”*, y que, *“el arte debe ante todo embellecer la vida y también hacernos a nosotros soportables para los demás, si es posible hasta agradables”*.

En su etapa como seminarista de la pintura Carlos Aquilino tomó como maestros a Velázquez, Goya, Picasso, Juan Gris, Zóbel, Saura y Sempere, y en escultura sus profesores fueron Alberto Sánchez y Calder. Cursó master europeo con Miguel Ángel, Rafael y Gustav Klimt y se doctora con impresionistas como Pissarro y Monet y amplía estudios con Edward Hopper y Georgia O’Keeffe en Norteamérica. Con la amalgama de todos ellos forja una personalidad pictórica reconocible donde aúna la fuerza y la delicadeza que le caracterizan.

Como sacerdote de esta religión Aquilino trata con sus cuadros de escapar y facilitarnos la huida de una realidad demasiado dura para poderla sobrellevar, introduciendo en nuestros hogares hogueras que calientan nuestro espíritu, y relajan nuestras almas llenándolas de colores y calores que nos hacen soñar, que nos llevan a un mundo onírico y homérico que nos hace descansar, nos reconforta y prepara para volver a afrontar la dura realidad.

Varias han sido las etapas en que se pueden sintetizar sus más de cincuenta años dedicado a la pintura y la etapa que ahora nos ocupa y que nos presenta bajo la denominación *Viajando en el viento* corresponde con su estado anímico cuando ya avanza, con paso firme, a una senectud singular en su sigilo, suavidad en los colores, e

inicia el viaje que abandona, trasciende, deja ya cualquier contacto con la tierra y asciende en vuelo o en levitación hacia el cielo.

Ese cielo velazqueño de los atardeceres madrileños al que asciende, como última morada, lleva jirones de la deconstrucción constructivista de Kassák Lajos en su última época y de la desfiguración abstracta de Mattis Teusch en sus *flores del alma*, dulcificadas por una sensibilidad propia del impresionismo.

De nuevo Carlos Aquilino nos anuncia, con su carácter profético, el fin último de la existencia humana, cuando apaga y hace desaparecer la figura de los cuerpos, que él convierte en colores, en pensamientos, en nubes fugaces que se desplazan por el espacio cromático como reflejos iluminados de los que un día fueron, como sombras de lo trascendente, de esa energía vital que escapa a la muerte y que se dirige, para aquellos creyentes al paraíso, y para los agnósticos, a un universo que carece de finitud.

De alguna forma su pintura nos predica y nos propone, simbólicamente, la fugacidad de la última belleza, del último rayo de sol y de luz del día arropado con cálidos colores extraídos del tenue verde de los bosques, del suave azul de la mar, del tamizado ocre de los desiertos, del purísimo blanco de la nieve y de los dorados amarillos solares en su giro estelar, dinámica del movimiento postrero, en que resume y rezuma su sabiduría de la importancia del sentido estético de la vida y del tiempo ya consumido, y desea que este legado penetre en nuestros ojos, como esa pequeña y sencilla llama que crepita, parpadea en la arena, y llama nuestra atención pues aporta misterio, claridad, paz y alegría, y a la que contemplamos y seguimos arrobados hasta su extinción.

Ramón de Marcos Sanz. Sociólogo español y centroeuropeo.